

Emma Chase

ENREDADOS, 3

# Control

*Enredados, 3*  
*Control*

Emma Chase

Esencia/Planeta

Título original: *Tamed*

© Emma Chase, 2014

Publicado de acuerdo con el editor original, Gallery Books, una división de Simon and Schuster, Inc.

© por la traducción, Laura Fernández Nogales, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: Brand New Images - Getty Images

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: abril de 2016

ISBN: 978-84-08-15263-7

Depósito legal: B. 2.990-2016

Composición: Tiff i Text, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1



Estas últimas semanas me he dado cuenta de que, a veces, las mujeres disfrutan llorando. Lloran leyendo libros, viendo programas de televisión, lloran con esos anuncios de animales maltratados y con las películas, en especial con las películas. Para mí, sin embargo, sentarse a propósito a ver algo que te va a hacer infeliz no tiene ningún sentido.

Pero no pasa nada, me limitaré a archivarlo junto a todas las demás cosas que nunca comprenderé de mi novia. Sí, he dicho *novia*. Dee Warren es oficialmente mi novia.

Lo repetiré una vez más para los de la última fila: novia, Delores, mía.

Repetirlo tantas veces quizá me haga parecer una adolescente obsesionada con Harry Styles, pero me importa un comino. Porque tuve que librar una ardua batalla hasta alzarme con la victoria. Si superais todo lo que tuve que pasar para conseguirla, lo entenderíais.

En fin, lo que os decía, que a las chicas les gusta llorar; pero ésta no es una de esas historias. Aquí no muere ningún amigo, no se escarba en el pasado traumático de nadie, no hay secretos escondidos, no encontraréis emocionantes rupturas entre vampiros ni rollos sexuales subidos de tono.

Bueno, vale, un poco de sexo salvaje sí que hay, pero es de la clase agradable.

Ésta es la historia de un mujeriego que conoce a una chica un poco loca, ambos se enamoran y el conquistador cambia para siempre. Es muy posible que ya hayáis oído antes una historia como ésta, quizá incluso la de mi amigo Drew Evans. Pero lo que ocurrió fue que, mientras él y Kate encontraban la forma de entenderse, exis-

tía todo un universo paralelo en el que habitábamos Delores y yo y del que no sabéis absolutamente nada. Así que quedaos por aquí aunque creáis que ya sabéis el final, porque la mejor parte del viaje no es llegar al destino, sino todas las aventuras que ocurren por el camino.

Antes de empezar, hay cierta información que deberíais saber. En primer lugar, Drew es un tío estupendo, el mejor amigo que se pueda pedir. Si fuéramos el Rat Pack, él sería Frank Sinatra y yo Dean Martin. Sin embargo, a pesar de lo unidos que estamos Drew y yo, no tenemos la misma opinión sobre las mujeres. En este momento de la historia, él se ve soltero de por vida. Tiene todas esas reglas acerca de no llevar nunca a ninguna mujer a su apartamento, no salir nunca con compañeras de trabajo y la regla de oro: nunca quedar dos veces con la misma chica.

En cambio, a mí me da igual dónde pueda acabar echando un polvo: en mi casa, en la suya, en el observatorio del Empire State...

Ésa fue una gran noche.

Tampoco tengo ningún problema con eso de quedar con alguien del trabajo, aunque la mayoría de las mujeres de mi sector son unas estresadas, fuman como carreteros, beben café en cantidades industriales y están resentidas. No me supone ningún conflicto quedar con la misma chica las veces que haga falta, siempre que las cosas vayan bien. Y algún día me imagino sentando la cabeza: matrimonio, hijos, el paquete completo.

Sin embargo, mientras no encuentre a la chica perfecta, me lo estoy pasando en grande con las equivocadas.

En segundo lugar, tengo que decir que pertenezco al grupo de las personas que ven el vaso medio lleno. Nada me entristece. Tengo una vida estupenda: una buena carrera que me permite disfrutar de los mejores juguetes del mercado, unos amigos fantásticos y una familia un tanto rarita pero que me quiere un montón. La palabra *emo*<sup>1</sup>

1. Subcultura o tribu urbana asociada a un carácter especialmente emocional, sensible, tímido, introvertido y depresivo. (*N. de la t.*)

no forma parte de mi vocabulario, más bien debería apellidarme *Carpe Diem*.

Y luego tenemos a Delores Warren, Dee si no queréis cabrearla. Según los cánones actuales, es un nombre poco corriente, pero a ella le va como anillo al dedo. Es una chica poco habitual, diferente, en el mejor sentido de la palabra. Se caracteriza por una sinceridad brutal, y es importante poner un énfasis especial en eso de brutal. Es una mujer fuerte y le importa un bledo lo que la gente piense de ella. Siempre se mantiene fiel a sí misma y no se disculpa por lo que quiere ni por lo que es. Es salvaje y preciosa, como un purasangre sin domar al que se cabalga mejor sin montura.

Y ahí fue donde estuve a punto de equivocarme. Quise domarla. Pensé que tenía la paciencia necesaria para conseguirlo, pero la presioné más de lo debido y tiré con demasiada fuerza de las riendas. Y ella las rompió.

¿Os ofende que haya comparado a la mujer que amo con un caballo? Pues superadlo, porque ésta no es una historia hecha a medida de los políticamente correctos.

Aunque estoy corriendo demasiado. Para empezar, sólo necesitáis saber que Kate Brooks trabaja con nosotros y que es la mejor amiga de Delores, la Shirley de la Laverne que hay en Delores.<sup>2</sup> Y que en todos los años que hace que conozco a Drew, y lo conozco de toda la vida, jamás lo había visto reaccionar ante una mujer de la forma en que lo hace cuando está con Kate. Su atracción, a pesar de que al principio era básicamente antagónica, era palpable. Cualquiera con ojos en la cara se daba cuenta de que se gustaban.

Bueno..., todo el mundo menos ellos.

Kate es una mujer tan estupenda como Delores. La clase de mujer que —parafraseando a Eddie Murphy en *El príncipe de Zamunda*—, me estimula sexualmente e intelectualmente.

2. «Shirley & Laverne» fue una popular comedia de televisión estadounidense sobre dos inseparables compañeras de cuarto. (*N. de la t.*)

¿Me seguís? Genial. Pues que empiece la fiesta.

Mi vida cambió hará unas cuatro semanas, un día normal, cuando conocí a una chica que era de todo menos normal.

*Cuatro semanas antes*

—Matthew Fisher, Jack O'Shay, Drew Evans, ésta es Dee-Dee Warren.

El amor a primera vista no existe. Sencillamente, es imposible. Siento arruinaros la fantasía, pero es lo que hay. La ignorancia puede parecer el paraíso, pero al retirar la primera capa de felicidad, enseñada se da uno cuenta de que sólo era falta de información.

Para amar de verdad a una persona, hay que conocerla: sus singularidades, sus sueños, lo que la cabrea y lo que la hace sonreír, sus fortalezas, sus debilidades y sus defectos. ¿Habéis oído esa cita de la Biblia, la que siempre leen en las bodas: «El amor es paciente, el amor es bondadoso...»? Pues yo tengo una versión propia: el amor es pasar por alto el mal aliento matutino de tu pareja. Pensar que el otro sigue siendo atractivo cuando tiene la nariz más roja que el reno Rudolph y el pelo tan despeinado que parece que un pájaro haya anidado en su cabeza. El amor no es aguantar a alguien a pesar de sus defectos, sino adorarlo por ellos.

Sin embargo, la lujuria a primera vista es completamente real. Y mucho más común. De hecho, cuando la mayoría de los hombres conocen a una mujer, saben, en los primeros cinco minutos, en qué categoría de las tres que existen van a encasillarlas: follar, matar, matrimonio. Y, para los tíos, la categoría «follar» tiene un listón muy bajo.

Me encantaría deciros que lo primero en lo que me fijé de Delores fue en algo que suene romántico, como sus ojos, su sonrisa o el sonido de su voz, pero no fue así. Fue su delantera. Siempre he tenido predilección por los pechos, y Dee tiene un par fantástico. Sobresalían ligeramente por encima de un excitante top rosa y estaban

presionados lo justo entre sí para formar un atractivo y precioso escote enmarcado por un jersey gris.

Antes de que me dijera siquiera una palabra, yo ya me había *enlujariado* del canalillo de Delores Warren.

Cuando ya lleva un rato metiéndose con Drew, consigo llamar su atención:

—Dime, ¿Dee-Dee es un diminutivo de otro nombre? ¿Donna, Deborah?

Ella posa sobre mí sus cálidos ojos color miel, pero antes de que pueda contestar, Kate desvela su secreto:

—Delores.

Es el nombre de la familia, el de su abuela. Ella lo odia.

Delores le lanza una mirada fulminante con aire juguetón.

Si quieres que una chica se fije en ti, el humor es siempre una apuesta segura. Con un buen chiste les demuestras que eres inteligente, despierto y que estás seguro de ti mismo. Si tienes pelotas, presume de ellas.

Por eso decido decirle lo siguiente a la amiga de Kate:

—Delores es un nombre precioso para una chica preciosa. Me encanta tu nombre.

Tal como había planeado, mi intervención provoca una reacción instantánea. Ella esboza una lenta sonrisa y se desliza el dedo por el labio inferior de forma sugestiva. Y siempre que una mujer se toca el cuerpo en respuesta a algo que le dice un hombre es una buena señal.

Luego rompe el contacto visual y nos dice:

—Bueno, tengo que irme a trabajar. Ha sido un placer conocerlos, chicos.

A continuación, abraza a Kate y me guiña el ojo. Eso también es una buena señal.

La observo mientras se aleja y no puedo evitar advertir que la vista que ofrece su parte trasera es casi tan alucinante como la delantera.

Entonces Drew le pregunta a Kate:



—¿Tiene que irse a trabajar? Pensaba que los clubes de stripteis no abrían hasta las cuatro.

En eso estoy de acuerdo. Cuando has ido a tantos clubes de stripteis como nosotros, empiezas a distinguir un patrón. La ropa que llevan las bailarinas, a pesar de ser mínima, siempre es igual. Parece que todas compren en la misma tienda. Y está claro que Dee tiene la tarjeta cliente.

Quizá me esté haciendo ilusiones, pero sería alucinante que fuera bailarina exótica. No sólo son más flexibles, sino también muy fiesteras, y están completamente desinhibidas. Y el hecho de que, por lo general, tengan una opinión tan baja del género masculino es otro plus. Porque eso significa que cualquier sencillo gesto caballeroso es recibido con mucha gratitud. Y una bailarina exótica agradecida significa sexo oral.

Pero Kate acaba con mis esperanzas.

—Delores no es stripper. Sólo se viste de ese modo para confundir a la gente. Así se sorprenden más cuando averiguan a qué se dedica.

—Y ¿a qué se dedica? —pregunto.

—Es ingeniera espacial.

Jack me lee la mente.

—Nos estás tomando el pelo.

—Me temo que no. Delores es química. La NASA es uno de sus clientes. Su laboratorio está intentando mejorar la eficiencia de los combustibles que utilizan los cohetes. —Kate se estremece—. Dee-Dee Warren con acceso a sustancias altamente explosivas. Es algo en lo que intento no pensar mucho.

Y entonces mi nivel de curiosidad alcanza casi la misma intensidad que mi lujuria. Siempre he sentido debilidad por lo inusual y lo exótico, tanto en mujeres como en música o libros. Y, al contrario que Drew, cuyo apartamento está meticulosamente decorado, yo suelo preferir las piezas con historia. Incluso aunque no combinen, lo poco tradicional siempre me resulta interesante.

—Brooks, tienes que echarme un cable. Soy un tío simpático. Déjame salir por ahí con tu amiga. No lo lamentaré.

Kate lo piensa un momento y luego dice:

—Está bien. Vale. Pareces el tipo de Dee. —Me da una tarjeta de visita de color verde eléctrico—. Pero tengo que advertirte una cosa: Delores se rige por la máxima de usarlos y tirarlos. Si lo que buscas es pasarlo bien una o dos noches, entonces llámala. Si estás buscando algo más profundo, yo me quedaría al margen.

Y en ese momento sé cómo se sintió Charlie cuando encontró el último cheque dorado para entrar en la fábrica de chocolate de Willy Wonka.

Me levanto de la mesa y le doy un beso en la mejilla.

—Eres mi nueva mejor amiga.

Durante un segundo me planteo abrazarla también sólo para cabrear a Drew, que me está mirando con el ceño fruncido, pero no quiero arriesgarme a que me dé una patada en los huevos. Tengo mejores planes para mis testículos. Necesito que estén en plena forma.

Kate le dice a Drew que no haga pucheros y él hace un comentario sobre sus tetas, pero sólo los escucho a medias porque estoy demasiado ocupado pensando adónde llevaré a Delores a tomar algo o a lo que surja y en todas las fantásticas actividades lujuriosas que estoy convencido que vendrán a continuación.

Así fue cómo empezó. Se suponía que no debía ser complicado: nada de amor a primera vista, nada de grandes gestos, nada de sentimientos profundos. Algo fácil, pasar un buen rato, un rollo de una noche con opción a una segunda. Eso fue lo que me dijo Kate que le iba a Dee, y eso era lo que yo estaba buscando. Lo que pensé que sería.

Elvis Presley tenía razón: sólo los tontos se lanzan sin pensar. Y, por si aún no os habéis dado cuenta, yo soy bastante tonto.